

taban los consejeros de la princesa, ostentando ricos trajes bordados, con los pies desnudos para no hacer ruido, él se adelantó con sus zapatos, que rechinaban mucho, sin que, al parecer, le importase nada.

—¡Era Pedrito, era Pedrito! gritó Gerda. Yo se que tenía zapatos nuevos, los cuales rechinaban mucho en la habitación de la abuela.

—Pues bien, continuó la corneja; el joven se dirigió valerosamente á la princesa sin vacilar. Esta última estaba sentada en una perla del tamaño de la rueda de un torno; todas las damas de la corte, con las de servicio; todos los señores con sus acompañantes, y cada cual con un lacayo pequeño, estaban alineados en la sala, y, cuanto más próximos se hallaban á la puerta, mayor era la altivez de su expresión.

—¡Oh! Eso debía ser muy imponente, dijo Gerda. Y ¿es verdad que Pedrito no se desconcertó un solo instante?

—Ni un momento: comenzó á hablar, según me ha dicho mi prometida, sirviéndose de la lengua del país, casi tan bien como lo hago yo cuando hablo con mi futura.

—¡Ah! Reconozco en eso á Pedrito, exclamó Gerda; tenía mucho talento y sabía contar mentalmente, hasta por fracciones. ¿Quieres conducirme al palacio, buena corneja?

—¡Vaya! ¡Muy pronto está dicho! contestó el ave. ¿Cómo arreglaremos eso? Yo hablaré con mi compañera, y tal vez ésta nos dé un buen consejo, pues debo decirte que no hay ejemplo de que una niña de tu edad haya entrado en el palacio.

—¡Oh! Yo entraré, contestó resueltamente la

pequeña Gerda. Apenas sepa Pedrito que he llegado, saldrá para recibirme.

—Espérame aquí, pues, dijo la corneja; volveré lo más pronto que sea posible.

Y, moviendo la cabeza, remontó el vuelo.

Hasta ya muy entrada la noche, la corneja no volvió.

—¡Cra, cra, cra! gritó. Te saludo tres veces de parte de mi novia, y he aquí un pequeño pan que he cogido para ti en la cocina, pues debes tener mucha gana. No es posible que entres en el palacio, porque los guardias con uniforme de plata, y los lacayos con librea de oro, no te dejarán nunca pasar. Sin embargo, no te aflijas, porque podrás subir á los graneros, y, una vez allí, mi compañera conoce una escalerilla secreta que conduce á la alcoba, y cuya llave sabemos dónde está. Sígueme.

Gerda siguió á la corneja, que andaba á saltitos, y así llegaron á la verja del parque de palacio; las dos hojas de la puerta estaban sujetas por una cadena; pero como esta última se había dejado algo floja, Gerda, muy pequeña, pudo pasar por la abertura.

En cuanto á la corneja, pasó por un hueco de los barrotes.

Una vez en el parque, tomaron una pequeña alameda, donde las hojas secas comenzaban á rechinar bajo los pies. Llegadas á la extremidad ocultáronse en una espesura y esperaron hasta que las luces del palacio se extinguieron una tras otra. Cuando la última se apagó, la corneja condujo á Gerda á una puertecilla oculta bajo una capa de follaje.

El corazón de la niña latía de temor y de esperanza; tan profunda era su emoción, que se hubiera dicho que trataba de hacer algún daño; pero tan sólo quería asegurarse de que el pequeño Pedro se hallaba en el palacio.

Si, debía ser él. Gerda le recordaba tal como era, con su encantadora sonrisa y sus ojos inteligentes, cuando ambos estaban sentados junto á las rosas. ¡Cómo se alegraría al verla, al oírle referir cuanto había andado para volver á encontrarle, al saber cuánto le echaban de menos y se habían afligido todos los de la casa al ver que no volvía!

Gerda se estremeció de contento de tal manera, que se hubiera creído que estaba poseída de espanto.

En aquel momento, llegaron á la escalera; sobre un armario se hallaba una pequeña lámpara, y en el primer peldaño veíase á la corneja domesticada con la cabeza vuelta para ver mejor á Gerda, que hizo una reverencia como le había enseñado su abuela.

Al fin, la corneja tomó la palabra.

—Señorita, dijo, mi prometido me ha hablado tan bien de vos, que estoy dispuesta á complaceros. Servíos coger la lámpara que está sobre el armario, y yo iré delante. Podemos avanzar mucho sin encontrar á nadie.

—Y, sin embargo, observó Gerda, diríase que no estamos solos. ¿No veis pasar sombras por el muro? Me parece que allí hay caballos con sus jinetes y pajes, caballeros y damas, montados también; y al otro lado, una hermosa joven vestida de blanco, coronada de rosas, blancas tam-

bién, echada en un ataúd, y alrededor de ella personas que lloran.

—Son los Sueños que vienen á robar los pensamientos de los que están dormidos en el castillo, y que se los llevan hacia los placeres ó el pesar: esto es mejor, porque nos prueba que aquéllos han entrado ya.

Así, llegaron á la primera sala, cuyas paredes se hallaban revestidas de seda sonrosada con ramos de oro y de plata; los salones siguientes eran cada vez más magníficos, y había allí una riqueza que deslumbraba los ojos. Al fin, Gerda y la corneja penetraron en la alcoba: el pabellón del lecho figuraba una palmera con el follaje de esmeraldas, de cuyo tallo estaban suspendidos dos lechos en forma de lirio; el uno, el de la princesa, blanco, y el otro, el del príncipe, encarnado. Gerda subió al estrado revestido de ricas alfombras, por donde se llegaba al lecho, y, al ver una cabeza con cabellos negros y rizados, exclamó:

—¡Oh! ¡Ese es mi Pedrito!

Y comenzó á gritar:

—¡Pedro, Pedro!

El príncipe despertó y volvió la cabeza hacia la niña.

¡Pero aquél no era Pedrito!

En el mismo instante, en medio del blanco lecho, la princesa levantó la cabeza y preguntó quien era.

Entonces la niña comenzó á llorar, y entre sollozos refirió su historia, así como todo lo que las dos cornejas habían hecho en su favor.

—¡Pobre niña! exclamaron los príncipes.

Y elogiaron á las dos cornejas por cuanto habían hecho, diciendo que no se habían enojado por la visita, puesto que gracias á ella habían tenido el gusto de conocer á tan graciosa niña. Sin embargo, no debían entrar otra vez, porque acaso no fuesen tan bien recibidas. Por lo demás, la princesa estaba dispuesta á recompensar á las dos cornejas.

—¿Queréis vuestra libertad, preguntó á las dos aves, ó preferís ser consejeros de la corona, con el usufructo de toda la parte desocupada del palacio?

Las dos cornejas se inclinaron en señal de agradecimiento, rogando al príncipe y á la princesa que les proporcionasen una posición fija, porque pensaban en la vejez, puesto que el macho tenía ya ciento cincuenta años y la hembra ciento cuarenta.

—Si vivimos trescientos años, decían, que es la edad ordinaria de las cornejas, bueno es tener alguna cosa segura para nuestra vejez.

Se convino, por lo tanto, en que las dos cornejas formaran parte del consejo de Estado desde el día siguiente.

Entretanto, como no sabían dónde acostar á la pequeña Gerda, y atendido que el príncipe quería cederle su lecho, la princesa permitió que se acostase á su lado, dióle las buenas noches y la besó, única cosa que podía hacer.

Gerda unió sus dos manitas, rezó la oración de costumbre, y durmióse, murmurando:

—¡Oh! ¡Qué buenos son los hombres y los animales en este mundo!

Entonces los Sueños, que acababan de entrar,

en busca de Gerda, comenzaron á jugar alrededor del lecho; tiraban de un pequeño trineo en el cual iba sentado Pedrito, que le hacía señales con la cabeza; pero todo esto no pasaba de ser un sueño, y, de consiguiente, todo había desaparecido.

Al día siguiente, la princesa vistió á la niña de terciopelo y seda de pies á cabeza, y quiso ponerle en los pies unas preciosas zapatillas de paño de oro, con flores de color de cereza; pero Gerda dijo que había hecho voto de llevar sus zapatos encarnados para buscar á Pedrito, y que no podía usar otros.

La princesa quiso nombrarla dama de honor, señalándole una magnífica habitación en el castillo; pero Gerda rehusó, rogando que le diesen tan sólo un cochecito, con un caballo pequeño, pues deseaba seguir buscando á su querido amigo.

Como quería marchar al punto, la princesa dió sus órdenes, y poco después se detuvo á la puerta una pequeña carroza dorada con dos caballos y el postillón. En las portezuelas brillaban como estrellas las armas del príncipe y de la princesa. Estos últimos colocaron por sí mismos á Gerda en el coche, deseándole toda especie de felicidades; y la corneja de los bosques, que aquella misma mañana se había casado con su prometida, la acompañó en las tres primeras millas, sentada junto á la niña. En cuanto á la otra, se había quedado á la puerta del palacio, diciendo que le aquejaba una fuerte jaqueca, debida, sin duda, á que comía demasiado desde que ocupaba una buena posición.

Las cornejas, y hasta los cuervos que en otro tiempo las conocieron, pretendían, no sin razón, que los honores habían trastornado el seso á los recién casados.

El interior de la carroza estaba atestado de confites, y en la caja del pescante había frutas y bizcochos.

—¡Adiós, y buen viaje! exclamaron el príncipe y la princesa, enjugando cada cual una lágrima.

La pequeña Gerda lloraba también, y hasta la corneja abría el pico repetidas veces, porque tenía oprimido el corazón.

Así recorrieron las tres primeras millas; entonces la corneja se despidió á su vez, y ésta fué para Gerda la despedida más penosa.

En cuanto á la corneja, voló hasta la copa del árbol más alto, y allí estuvo batiendo las alas mientras vió la carroza, que brillaba á los rayos del sol.

VI

LA HIJA DE LOS LADRONES

Cuando la noche llegó, Gerda se hallaba á la entrada de un bosque sombrío, que parecía tanto más oscuro cuanto que el día declinaba.

El postillón se apeó para encender los faroles; de modo que la luz se reflejó en la carroza dorada.

Al verla brillar así, unos ladrones que estaban ocultos en el bosque se dijeron:

—¡La cosa no es posible, porque la carroza es de oro macizo!

Y se precipitaron sobre aquélla, detuvieron los caballos, mataron al postillón y sacaron del coche á la pequeña Gerda, muy espantada.

—Es muy linda, es muy graciosa y está gordita, dijo la mujer del jefe de los ladrones, que tenía una larga barba gris y cejas que le cubrían casi los ojos.

Llevaba en hombros á su hija, que tendría poco más ó menos la misma edad de Gerda.

Y como no solamente era ladrona, sino también aficionada á la carne humana, tocó los brazos y los costados de Gerda, añadiendo:

—¡Buen bocado será una ovejita tan gordal! Y desenvainó un largo cuchillo, que brillaba de un modo siniestro.

—¡Ay! exclamó la vieja en el mismo instante.

Su hija, que llevaba á la espalda, acababa de morderle la oreja, hasta hacer saltar la sangte.

—¡Mala víbora! exclamó la madre. ¡No en balde habías de ser hija mía!

—No quiero que la maten, dijo la hija de los ladrones; jugará conmigo, me dará sus ricos trajes y sus zapatitos encarnados, y las dos dormiremos juntas.

—No, contestó la vieja; la guardo para guisarla á mi gusto.

Mas, apenas hubo pronunciado estas palabras, su hija la mordió en la otra oreja, de tal modo que la hizo saltar de dolor.

Y todos los ladrones se reían y burlaban de la madre.

—¡Quiero entrar en el coche! gritó la niña.
Y fué preciso acceder á su voluntad, porque no consentía en que le rehusasen nada.

—Bueno, dijo después; ahora quiero que pongan á la viajera junto á mí.

Y se hubo de poner á Gerda á su lado.

Esta última y la hija de los ladrones se hallaban, pues, sentadas en el coche, que rodaba sobre los fosos y las raíces de los árboles, internándose en la profundidad de los bosques.

La hija de los ladrones, como ya hemos dicho, tenía la edad de Gerda; era poco más ó menos de la misma estatura, pero más ancha de hombros; tenía los ojos rasgados y negros, y la boca grande, pero agraciada, á causa de sus dientes, muy blancos y agudos.

En aquel momento parecía estar triste.

Cogió á Gerda por la cintura y le dijo:

—No tengas cuidado. Mientras yo no me enfade contra ti, no te matarán. Tú debes ser, por lo menos, una princesa...

—No, contestó Gerda; no soy más que una pobre niña, y solamente por casualidad me hallaba en ese hermoso coche.

Y le refirió toda su historia, diciendo cuánto amaba á Pedrito.

Cuando Gerda hubo terminado, la hija de los ladrones enjugó las lágrimas que corrían de sus ojos, diciendo:

—¡Ya veremos, ya veremos!

La carroza se detuvo: las dos niñas habían llegado al centro del patio del castillo de los ladrones, gran edificio agrietado de arriba abajo; los cuervos y las cornejas pasaban y repasaban

por las aberturas; pero estas aves eran salvajes, y en nada se parecían á las cornejas del príncipe y de la princesa. Además de esto, de todos los ángulos del patio saltan silenciosamente grandes perros dogos, cada uno de los cuales hubiera podido devorar un hombre; pero á todos les habían cortado la lengua por temor de que ladrasen, descubriendo así la guarida de los ladrones.

—¿Has comido alguna vez lenguas de perro á las finas hierbas? preguntó la hija de los ladrones á Gerda.

—Jamás, contestó la niña, haciendo un ademán de repugnancia.

—Pues mira, repuso la otra; es un manjar muy delicado.

Poco después entraron en el castillo.

En medio de una gran sala baja, con el suelo embaldosado, ardía un gran fuego; el humo llegaba hasta el techo, saliendo después por donde podía; y en una olla enorme hervía la sopa; mientras que en tres asadores se hallaban atravesados algunos cuartos de jabalí, un pequeño corzo entero, diez ó doce liebres y quince ó veinte conejos.

Era la cena de los ladrones.

—Esta noche dormirás conmigo en mi lecho, dijo la hija de aquéllos.

La vieja dió de comer y beber á las dos niñas, y éstas se retiraron después á un rincón donde había paja y alfombras.

Era el lecho de la pequeña.

Sobre el mismo veíase un centenar de palomas, que la hija de los ladrones cebaba para comérselas después sin compasión, por más que

las conociese y acariciase mucho. Las palomas parecían dormir todas; pero se movieron un poco al acostarse las dos niñas.

—Ahora, dijo la hija de los ladrones, voy á enseñarte mi montura acostumbrada.

Y dió un golpecito en una especie de pequeño cercado de tablas, con puertas de enrejado de alambre.

Gerda esperaba ver salir un caballito, una jaquita ó un burro pequeño; pero vió de pronto un animal que no conocía, semejante á un ciervo, sólo que sus astas eran proporcionalmente más grandes y de distinta forma.

—¡Oh! ¡Qué extraño animal! exclamó Gerda. ¿Cómo se llama?

—Es un rengífero ó un reno, contestó la pequeña; viene de un país donde no hay caballos, y cuyos habitantes los enganchan á sus trineos, y es preciso tenerle siempre encadenado, pues, á no hacerlo así, huiría al reino de las nieves; pero cada noche le hago cosquillas en la garganta con mi cuchillo; y como se le ha advertido que á su primer tentativa de fuga le cortaré el cuello para beber su sangre caliente, está bastante quieto.

Y la hija de los ladrones sacó de una grieta de la pared, donde estaba como en una especie de vaina, un largo cuchillo, cuya hoja pasó suavemente sobre el cuello del reno: el pobre animal tembló al punto de pies á cabeza; pero la pequeña no hacía más que reír de su terror.

Después se echó definitivamente con Gerda.

—Y ¿te acuestas con ese largo cuchillo á tu lado? preguntó la niña, fijando una mirada inquieta en el arma.

—Siempre, contestó la hija de los ladrones; nadie sabe lo que puede suceder.

Al decir esto, pasó su brazo alrededor de la cintura de Gerda, y, teniendo en la otra mano su cuchillo, durmióse y comenzó á roncar con tal fuerza, que se la hubiera podido oír desde el patio.

Pero la pobre Gerda no podía dormir, y preguntó á dos palomas que se acariciaban:

—¿No habéis visto por casualidad á Pedrito y su trineo?

Las aves arrullaron un poco, contestando después:

—Sí, le hemos visto.

—¡Oh! Pues entonces, queridas palomas, dijo Gerda, uniendo las manos como para implorar, decidme qué hacía y dónde iba.

—Estaba sentado en el trineo de la Reina de las Nieves, que pasaba muy cerca de nosotros sobre el bosque, mientras nos hallábamos aún en nuestro nido. La Reina de las Nieves sopló á varias de nuestras compañeras, y todas murieron, excepto nosotras dos, añadió la paloma, señalando á su pareja.

—Y ¿dónde iba la Reina de las Nieves? preguntó Gerda.

—Probablemente á Laponia, donde siempre hay nieve y hielo. Su pequeño trineo, al que iba enganchada una gallina blanca, seguía al grande.

—Y ¿á quien debo preguntar para asegurarme de que iba á Laponia? preguntó Gerda.

—Al reno, contestaron las palomas, porque es de aquel país. ¡Kurru, kurru, kurruki!

—Allí donde hay siempre nieve y hielo, dijo el reno, suspirando, antes que le preguntasen; allí hace un tiempo magnífico; allí se salta alegre y libre en los grandes valles brillantes; y allí la Reina de las Nieves ha levantado su tienda de estío; pero su palacio de invierno está muy cerca del Polo, en una isla de hielo llamada el Spitzberg.

—¡Oh Pedrito! ¡Pobre Pedrito! suspiró Gerda. ¡Qué frío debes tener!

—Estate quieta, dijo la hija de los ladrones, y no hables ni te muevas tanto, ó te haré estar tranquila de una vez, sepultando mi cuchillo en tu corazón.

Gerda tuvo mucho miedo y se calló, permaneciendo inmóvil.

Por la mañana, la hija de los ladrones preguntó á la niña:

—¿Qué decías esta noche á mis palomas y á mí rengífero?

Gerda refirió entonces que las palomas habían visto pasar á Pedrito en su trineo, con la Reina de las Nieves, que se le llevaba á Laponia.

La pequeña quedó pensativa, y, moviendo después la cabeza, contestó:

—No importa.

Y, volviéndose hacia el reno, le preguntó:

—¿Sabes dónde está el país de Laponia?

—¿Quién podría saberlo mejor que yo, puesto que soy de allí? contestó el animal. Nací en aquel país, y saltaba á través de sus campos de nieve.

Y sus ojos brillaban como si volviese á ver su patria.

—Escucha, dijo la hija de los ladrones á Gerda; ya ves que toda nuestra gente ha marchado á una expedición. Aquí no ha quedado más que mi madre para cuidarse de la cocina; pero al mediodía se bebe seis botellas de vino y se queda dormida. Apenas cierre los ojos, yo haré alguna cosa por ti.

Gerda esperó impaciente dicha hora, y según había dicho la hija de los ladrones, la vieja vació de un trago su bota, de seis botellas de cabida.

Entonces la hija de los ladrones se dirigió hacia el reno y le dijo:

—Aun podría recrearme largo tiempo pasándote mi cuchillo por el cuello, porque te espantas de tal modo que me haces morir de risa; pero no importa: voy á dejarte en libertad para que vuelvas á Laponia; pero á condición de que lleves esta niña al castillo de la Reina de las Nieves, donde está su amiguito.

El animal dió un salto de alegría.

—¿Te comprometes á ello formalmente?

—A fe de rengífero. La dejaré en el patio mismo del castillo.

La hija de los ladrones colocó un cojinete sobre el dorso del animal, sentó sobre él á la pequeña Gerda, sujetándola con correas, cubrió sus pies con unas botinas de piel de conejo, sobre sus zapatitos encarnados, y en las manos unos guantes del mismo pelo, pertenecientes á su madre, tan grandes que los brazos de Gerda se introdujeron hasta el codo. Después le dió el beso de despedida.

Gerda derramaba lágrimas de alegría.

—¡Ah! No puedo sufrir que llores de tal modo, le dijo la hija de los ladrones. Ahora deberías estar contenta, puesto que vas á ver á tu amiguito. Toma, añadió; aquí tienes dos panes y un jamón, para que no te mueras de hambre.

Y sujetó dichos objetos en el dorso del animal.

Después salió primero, ató á los dogos en sus perreras, reunióse con la niña, y, cortando con su cuchillo la cuerda del reno, le dijo:

—Ya puedes marchar ahora, pero cuidado con la niña.

Gerda extendió las manos hacia la hija de los ladrones en señal de despedida, y el rengífero, saliendo del patio, y después del castillo, precipitóse á través de los bosques. Apenas se le hubiera podido seguir con la vista; cruzaba los valles, los ríos y las estepas como si hubiera tenido alas; los lobos aullaban detrás de él, los cuervos graznaban sobre su cabeza; pero el reno volaba más bien que corría, y parecía que sus ojos brotaban fuego.

—¡Ah! He ahí mis estrellas del Polo, exclamó el animal. ¡Mira cómo brillan!

Y, al verlas, redoblaba su celeridad.

Y corrió así ocho días y ocho noches, y los dos panes desaparecieron, así como el jamón.

¡Pero habían llegado á Laponia!

VII

LA LAPONA Y LA FINLANDESA

El rengífero no se detuvo hasta llegar á una casita, ó mejor dicho una cabaña, pero tan pobre y pequeña, que era triste de ver; el techo tocaba casi la tierra, y la puerta era tan baja, que para entrar ó salir se hacía necesario arrastrarse por el suelo.

En la cabaña había una vieja lapona que hacía hervir pescado á la luz de una lámpara alimentada con aceite de ballena.

La mujer estaba sola en aquel momento.

El rengífero refirió la historia de Gerda, sin olvidar la suya propia, que le parecía también muy interesante; y en cuanto á la niña, estaba tan aterida de frío que no la era posible hablar.

—¡Ah! ¡Pobres criaturas! exclamó la lapona, confundiendo á la niña y al animal bajo la misma denominación. Aun tenéis mucho que correr. Os será preciso franquear al menos trescientas millas por la Finlandia, que es donde habita la Reina de las Nieves. Voy á trazar dos palabras en un arenque muy seco, pues no tengo tinta, ni pluma ni papel, y le entregaréis á una hechicera de aquel país, amiga mía, la cual podrá informaros mejor que yo.

Al decir esto, cogió su cuchillo por la hoja, y con la punta trazó dos palabras en el arenque seco.

Después, cuando la niña Gerda se hubo ca-

lentado, y comido y bebido, la buena mujer la sujetó en su montura, que partió al punto. El renjifero corrió toda la noche á la luz de una de esas auroras boreales que comunican al cielo el verdadero color de las llamas.

Por último, hacia la mañana llegaron á Finlandia; y como se habían dado al reno todas las señas necesarias para no equivocarse, el animal se detuvo precisamente delante de la cabaña de la hechicera.

Llamaron á la puerta; la finlandesa abrió, é hizo entrar al renjifero y á la niña, que le entregó el arenque de la lapona. La hechicera leyó tres veces las dos palabras escritas, y, después de grabarlas bien en su memoria, puso el arenque sobre las brasas, pues era una mujer muy económica, que no dejaba perder nada.

Después se ocupó de la pequeña Gerda, retiróla de su montura; y como en la cabaña hacía un calor espantoso, le quitó sus guantes y sus botas de pieles.

Después preguntó á la niña y al renjifero, tan eficazmente recomendados por su amiga, quiénes eran.

Entonces el animal refirió primeramente su historia, como lo había hecho en casa de la lapona y después la de la niña. La finlandesa, escuchando con atención, guiñaba su ojo inteligente, pero no decía nada.

—Ya sé que eres hechicera, dijo el renjifero, y tan sabia, que puedes atar los cuatro vientos con el mismo hilo. Si el piloto hábil deshace un nudo, tendrá céfiro; si deshace otro, se producirá céfiro y viento norte; y si comete la impru-

dencia de deshacer los otros dos, soplará el aquilón, es decir, el huracán completo, la tempestad con todas sus reglas. ¿No quieres tú hacer alguna cosa en favor de la niña Gerda, como, por ejemplo, darle una bebida que le comunique la fuerza de doce hombres, y un aliento más poderoso que el de la Reina de las Nieves?

—¿Para qué? preguntó la finlandesa.

—Para que la pequeña Gerda pueda librar á su amigo Pedrito, que está en manos de aquella reina.

—En primer lugar es preciso saber si está realmente con ella.

—Pero ¿cómo sabréis eso? preguntó Gerda.

—Por el poder de mi arte, contestó la finlandesa.

Al decir esto, la maga rodeó al renjifero y á la niña con un círculo trazado por su varilla; después dirigióse hacia una tabla, tomó en ella una piel arrollada, muy grande, y la desarrolló.

Estaba cubierta de caracteres extraños; pero la finlandesa leyó y leyó, tanto y tan largo tiempo, y con tal afán, que el sudor bañaba su frente y llegó á regar el suelo.

Después penetró en el círculo en que había encerrado al renjifero y á Gerda, é, inclinándose hacia el oído del animal, le dijo:

—Pedrito está, efectivamente, en poder de la Reina de las Nieves, donde lo encuentra todo á su gusto y se figura que habita en el lugar más encantador del mundo; pero esto proviene de habersele introducido en el ojo un pedacito del espejo del diablo, que ha penetrado hasta su corazón. Ante todo, es preciso que el pedacito de

crystal salga del sitio donde se halla, y, sin esto, la Reina de las Nieves conservará eternamente su imperio sobre Pedrito.

—Pero ¿no podrías dar tú á Gerda algún talismán, dijo el renjifero, que le permita adquirir imperio sobre la Reina de las Nieves y Pedrito?

—Yo no podría, contestó la hechicera, darle mayor poder que él que ya tiene. ¿No observas cuán grande es? ¿No ves cómo la obedecen hombres y animales, y cómo con unos simples zapatitos rojos ha recorrido ya tanto camino como el Judío errante? No somos nosotros los que podemos obtener ese poder: lo recibe de Dios, está en su corazón, y consiste en que es una niña dulce y piadosa. Si no puede penetrar por sí propia en la morada de la Reina de las Nieves, y sacar ella misma el cristal del corazón de Pedro, nosotros no sabríamos qué hacer. Ahora bien: á dos millas de aquí comienza el jardín de la Reina de las Nieves. Conduce á ese sitio á la niña, déjala junto á un gran arbusto cargado de bayas rojas, y no te entretengas á charlar con ella: debes volver aquí á toda prisa.

Y la finlandesa dejó á Gerda sobre el renjifero, que comenzó á correr cuanto le era posible.

—¡Oh! exclamó la niña apenas estuvo fuera, y cuando sintió la impresión del frío. No llevo mis guantes ni mis botinas de piel: tan sólo tengo mis pobres zapatos rojos, rotos ya, y cuyas suelas se caen. ¡Detente, buen renjifero, detente!

Pero el animal había recibido sus instrucciones; no se aventuró á detenerse ni á volver á casa de la finlandesa, y corrió hasta llegar al arbusto de bayas rojas, donde, apenas hubo depositado

á Gerda, lamió sus dos mejillas y volvióse corriendo, no sin derramar copiosas lágrimas.

Y la pobre niña quedó allí, sin guantes, con sus zapatos gastados, en la extremidad de Finlandia, en medio de los hielos inexorables y de las nieves terribles.

Gerda siguió avanzando todo lo deprisa que pudo; pero de repente llegó un ejército de copos de nieve, disponiéndose no solamente á cerrarle el paso, sino á rodearla para que sucumbiese; pero había una cosa extraordinaria, y era que aquellos copos no caían del cielo, puro y brillante de estrellas en aquel instante, aunque en otras partes debía brillar el sol, sino que andaban, ó, más bien, rodaban por el suelo, siendo más voluminosos á cada momento: hubiérase dicho que tomaban formas espantosas, conservándose blancos y helados. Estas formas eran extravagantes: las unas parecían de puercos espines; las otras, de serpientes de varias cabezas, y las demás, de osos, perros y lobos: era la vanguardia de la Reina de las Nieves; eran copos vivos de la misma!

Entonces la niña, viéndose en peligro de ser devorada por todos aquellos monstruos, de los que jamás había oído hablar nunca, y de cuya existencia ni siquiera tenía idea, comenzó á rezar su *Padrenuestro*. Y el frío era tan grande que, á medida que pronunciaba las palabras, podía ver su propio aliento salir de la boca como vapor; pero poco á poco hizose más denso, y, con gran asombro de la niña, vióse descomponerse en una infinidad de angelitos, que se agrandaban á medida que iban tocando la tierra, llevando

todos un casco en la cabeza, una lanza en la mano izquierda, y el escudo en la derecha: estos objetos eran de oro puro, y el número de ángeles aumentaba siempre á medida que Gerda progresaba en su oración: cuando ésta hubo terminado, vióse rodeada de una multitud.

Entonces los ángeles se oprimieron alrededor de la niña y golpeaban con sus lanzas de oro los espantosos copos, que, apenas tocados por las armas divinas, deshacíanse y se disolvían. Al ver esto, Gerda recobró valor y adelantóse, rodeada de sus ángeles, que acariciaban y calentaban con la punta de sus alas sus manos y sus pies.

Muy pronto divisó una mole blanca, y supuso que aquél era el palacio de la Reina de las Nieves.

Mas en este momento debemos abandonar á la niña, por la que nada se debe temer ya, y ver lo que hacía Pedrito. Tal vez pensaba en su amiguita; pero seguramente no sospechaba que estuviese tan cerca de él.

VIII

EL CASTILLO DE LA REINA DE LAS NIEVES Y LO QUE SUCEDIÓ ALLÍ

Los muros del castillo estaban formados por la nieve que lo cubre todo, y las puertas y ventanas por el viento que corta; contenía más de cien salas, todas ellas de nieve, la cual caía como una cortina blanca, pero sin consolidarse nunca.

La más grandiosa de estas salas medía por sí sola más de tres millas, y todas estaban iluminadas por la blanca luz del Norte; todas eran tan grandes, tan solitarias, tan blancas y glaciales, que parecían mortalmente tristes. Jamás había en aquel palacio placer alguno ni la menor animación, ni tampoco esos bailes donde las mujeres de los osos blancos pudieran balancearse, ostentando sus gracias naturales, mientras que la tempestad hubiera servido de orquesta. Jamás se veía allí reunión alguna, ni se hacían invitaciones, para tomar el té ó el café, á las hijas de los zorros azules y de las martas. No: las salas de la Reina de las Nieves estaban eternamente desiertas y tranquilas. En la más grande de aquellas salas interminables había un lago helado, en medio del cual elevábase un trono de hielo, que la Reina de las Nieves ocupaba cuando permanecía en casa, pretendiendo entonces estar sentada sobre el espejo del espíritu, el más grande y mejor que pudiese haber en el mundo.

Pedrito estaba completamente amoratado por el frío; pero no lo echaba de ver, porque la Reina de las Nieves había desviado de él todo temor al hielo, á fuerza de besos, y porque, gracias al pedacito de espejo que penetró en su corazón, se asemejaba á un témpano. Pasaba la vida reuniendo fragmentos de aquél, en los cuales había letras, como las que se hacen en un juego que conocéis bien, es decir, en un rompecabezas chino, á fin de formar una figura ó una palabra; mas el muchacho no conseguía nunca formar la que deseaba, que era la de un sol, ni tampoco podía

escribir la palabra *eternidad*, que era la que buscaba, pues la Reina de las Nieves le había dicho:

—Cuando de todos esos hielos que tienen cada cual una forma diferente, y que llevan cada uno su letra, hayas formado un sol en cuyo centro se lea la palabra *eternidad*, volverás á ser dueño de ti, y te daré el mundo entero con un par de patines nuevos.

Pero Pedrito no conseguía formar su sol, ni escribir la palabra *eternidad*.

Entretanto, formaba las figuras más extravagantes é incoherentes, que le parecían magníficas, y que le distraían, sin echar de ver que el tiempo pasaba.

Cierta día, la Reina de las Nieves le dijo:

—Voy á marchar á los países cálidos, pues quiero ver lo que sucede en el fondo de las ollas negras que el fuego eterno hace hervir (así era como la Reina de las Nieves llamaba al Etna, al Vesubio, el Strómboli y los demás volcanes); voy á blanquearlas un poco, y esto será bueno para los limones y las uvas.

La Reina de las Nieves remontó el vuelo, y Pedrito quedó solo, reuniendo sus fragmentos de hielo en la gran sala desierta y helada. De repente, alguna cosa crujió dentro de él, y permaneció rígido é inmóvil, de tal modo que se le hubiera podido creer helado.

Precisamente en aquel momento, Gerda entraba en el castillo. La puerta grande estaba cerrada por la fuerza del viento; pero la niña rezó un *Avemaría*, y el viento cesó de pronto. Entonces, cruzando el patio, donde quedaron

los restos de sus míseros zapatitos rojos, penetró en las grandes salas desiertas y frías, llegando, al fin, á la del lago helado, donde Pedrito se hallaba.

Desde la puerta le reconoció, y, corriendo hacia él, estrechóle entre sus brazos, exclamando:

—¡Pedrito, mi querido Pedrito! ¡Al fin, te encontré!

Pero el muchacho continuó impasible, rígido y frío.

La niña Gerda comenzó á llorar, y así como una vez ya, hallándose en casa de la hada de las flores, sus lágrimas penetraron en la tierra é hicieron brotar rosales, así ahora llegaron hasta el fondo del pecho de Pedrito y derritieron su corazón.

Aun no hablaba; pero miraba ya á la niña con ojos que se animaban cada vez más.

Entonces Gerda entonó la canción que ellos cantaban en otro tiempo junto á la ventana cuando se acercaba Navidad.

Las rosas se marchitan
y caen al suelo:
al niño Jesús
pronto veremos.

Entonces Pedrito recobró del todo la sensibilidad. Se deshizo en lágrimas y lloró tanto, tanto, tanto que la bolita de vidrio que tenía en el corazón le salió por el ojo con una lágrima más gruesa que las otras.

Al punto reconoció á Gerda, y, en un arranque

de alegría que no sentía hacía mucho tiempo, exclamó:

—Gerda, mi buena Gerda: ¿dónde has estado tanto tiempo?

Olvidaba que era él *quien había estado* y no Gerda.

Y miraba á todos lados con asombro.

—¡Qué frío hace aquí! siguió diciendo. ¡Qué grande es esto y que vacío está!

Y se agarraba á Gerda, que lloraba de alegría, sonriendo: tanto era el miedo que tenía de que al niña se fuese, dejándole abandonado en el palacio de la Reina de las Nieves.

Y su satisfacción, mezclada con su temor, era tan dulce y tan conmovedora, que los témpanos se pusieron á bailar de contento y las paredes de nieve á llorar de alegría.

Mientras tanto, los fragmentos de hielo, con los que Pedro había jugado tanto tiempo, se agitaban, por su parte, y al agitarse acabaron por formar un sol, en medio del cual estaba escrita la palabra *eternidad*.

En el mismo instante se abrieron todas las puertas del palacio. Cada puerta, por la cual debían pasar Gerda y Pedro, estaba guardada por dos ángeles.

Gerda besó las mejillas del muchacho, las cuales, de azules que eran, se volvieron encarnadas.

Ella bajó los ojos, los cuales se pusieron tan brillantes como los de él.

Luego la niña le besó las manos y los pies, y desapareció la inmovilidad que los tenía encadenados.

Ahora la Reina de las Nieves podía regresar si quería: el sol de hielo brillaba en tierra, y en medio del sol la palabra *eternidad*.

Entonces los niños se cogieron de la mano, salieron del castillo escoltados por los ángeles y hablando de la abuela y de las rosas que florecían en la ventana, y, por dondequiera que pasaban, los vientos callaban y el sol brillaba.

Cuando llegaron al arbusto de frutos encarnados, vieron al reno que los aguardaba.

Iba acompañado de su hembra, cuyas mamas estaban llenas de leche. Los dos niños bebieron de ella y se sintieron muy reanimados.

Entonces, como Gerda y el pequeño Pedro no necesitaban ya á los ángeles, éstos se despidieron de los dos niños diciéndoles que algún día se volverían á ver en el cielo; y desaparecieron dejando el aire tibio y perfumado.

Gerda montó en un reno y Pedrito en el otro, y los dos animales se pusieron á galopar hasta que llegaron á la cabaña de la finlandesa, donde se calentaron y donde Gerda, que iba descalza por haber destrozado sus zapatos rojos yendo en busca de Pedro, encontró sus botinas y sus guantes de pelo.

Allí se había quedado el pequeño trineo de Pedrito.

Los renos se engancharon á él, y los dos niños tomaron asiento, muy juntitos para calentarse el uno al otro. La finlandesa los arropó con una piel de oso blanco, y los dos renos echaron á correr en dirección á la choza de la lapona.

Durante su ausencia, la buena mujer les

había hecho pellizas de piel de zorro azul, de las que tenían gran necesidad, porque las ropas de ambos niños estaban tan destrozadas como los zapatos rojos de la pequeña Gerda.

Sólo se detuvieron el tiempo necesario para tomar un bocado y ponerse sus pellizas, y partieron dando gracias de todo corazón á la buena mujer.

A los tres días estaban en la frontera de las Nieves; allí empezaban á brotar del suelo los primeros musgos y los primeros líquenes.

Entonces se alejaron de ellos los renghiferos.

La separación fué triste, y se lloró mucho por una y otra parte; pero los renos no se atrevían á aventurarse por un país que no fuera el suyo. El que tenía leche habría ido más lejos; pero el que había estado preso retuvo á su compañera diciéndole cuánto había sufrido durante su cautiverio.

Los dos niños se vieron obligados á abandonar el trineo del pequeño Pedro y prosiguieron el viaje cogidos de la mano. Poco á poco, á los musgos y á los líquenes sucedieron los brezos y rododendros; luego á los brezos y rododendros, zarzas y espinos; á las zarzas y espinos, abetos achaparrados, después otros más hermosos, luego verdes robles, y, por fin, oyeron cantar á los pajarillos; encontraron las primeras flores y divisaron, por último, un gran bosque de hayas y castaños.

De aquel bosque salió, montada en un magnífico caballo, que Gerda reconoció al punto por uno de los dos que habían sido enganchados á su carroza dorada, una linda joven que llevaba

en la cabeza un gorro de color de escarlata y en la cintura dos pistolas.

Era la hija de los ladrones.

Gerda la conoció, y ella conoció á Gerda. Ambas corrieron á encontrarse y se abrazaron tiernamente.

La arrogante amazona se había cansado de la vida que llevaba en el castillo del bosque, y, apoderándose de una gruesa suma de oro en la guarida de los ladrones, se llenó de él los bolsillos, sacó uno de los dos caballos dados por la princesa á Gerda, montó en él y partió.

Los dos jóvenes tuvieron una gran alegría.

—¿Quién es ese niño? preguntó la hija de los ladrones designando á Pedro.

Gerda le contestó que era el compañero que buscaba con tanta ansiedad cuando la detuvieron los ladrones.

Entonces, volviéndose á Pedro, le dijo:

—Eres un viajero animoso, y desearía saber si en realidad mereces que se te vaya á buscar al fin del mundo.

Gerda le dió un golpecito en la mejilla, y le preguntó por el príncipe y la princesa.

—Están viajando por el extranjero, contestó la hija de los ladrones.

—¿Y las cornejas? preguntó Gerda.

—La corneja silvestre ha muerto de indigestión; de suerte que la corneja domesticada se ha quedado viuda. Lleva una gasa en la pata izquierda y se lamenta horriblemente. Esto es todo lo que sé. Ahora cuéntame á tu vez lo que ha sucedido y cómo has encontrado á tu fugitivo.

Gerda y Pedrito se lo contaron todo.

—Corriente, contestó, todo va bien. Regresad á la ciudad, y si alguna vez paso por ella iré á haceros una visita.

Y, después de abrazarlos sin apearse, echó su caballo á galope y desapareció.

Pedro y Gerda prosiguieron su marcha, cogidos como siempre de la mano, y después de cruzar por países cubiertos de verdor y de flores que les hicieron olvidar aquella horrible Laponia, tan encomiada por los rusos, oyeron el sonido de las campanas y, al fin, divisaron en el horizonte la gran ciudad en que habían nacido.

El pequeño Pedro conoció aún la puerta por donde había salido, las calles por que había pasado, y, por último, llegaron al umbral de sus dos casas.

Subieron la escalera de la de Gerda y entraron en el cuarto de la abuela. Todo estaba allí en el mismo sitio. El reloj hacía tic, tac, y señalaba la hora; pero al ponerse enfrente del espejo advirtieron que Pedrito se había vuelto un gallardo mancebo y Gerda una hermosa doncella. Las rosas seguían floreciendo en sus cajones, y junto á la ventana se veían aún sus sillitas de niños.

Pedro y Gerda se sentaron en ellas. Habían olvidado el pasado como se olvida un mal sueño, y les parecía que jamás habían salido de aquella casa.

En aquel momento, la anciana abuela volvía de misa, llevando en la mano su libro de oraciones. Saludó al apuesto joven y á la linda muchacha; y como no los conoció á causa de los cambiados que estaban, les preguntó quiénes eran.

Entonces ellos entonaron un cántico que la vieja les había enseñado en otro tiempo.

Las rosas se marchitan
y caen al suelo:
al niño Jesús
pronto veremos.

La abuela dió un grito de alegría: en el apuesto joven y en la linda muchacha había conocido á Pedrito y Gerda.

Un mes después, las campanas, cuyos tañidos pudieron reconocer antes de ver la ciudad, anunciaban su boda.

Diez meses después, las mismas campanas tocaban por el bautizo de dos preciosos gemelos, uno de los cuales se llamó Pedro, como su padre, y la otra Gerda, como su madre.